

## INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

### **Francisco-Félix Montiel: UN CORONEL LLAMADO SEGISMUNDO**

La editorial Criterio de nuestro amigo Carmelo López-Arias Montenegro, que ya se embarcó en la edición española de *Iota unum*, ha iniciado su labor con dos títulos: la reedición del ya clásico *El silencio de Dios*, de Rafael Gamba, y una llamativa novedad: *Un coronel llamado Segismundo*, de Francisco-Félix Montiel (1).

El autor del mismo perteneció al PCE, y al aparato de propaganda rojo-republicano durante la guerra, para romper con los comunistas, y pasar a denunciarlos sin tregua en el exilio hasta este libro, ya a los noventa años, por causa de la experiencia vivida, singularmente en la "Semana de Casado" de marzo de 1939, en la que actuó combatiendo a aquél.

La tesis que sostiene en esta obra es que el llamado "golpe de Casado" obedeció a una retorcida maniobra comunista.

En realidad, sólo se puede aportar un testimonio directo: la recepción del coronel Casado, conocido por su postura anticomunista dentro de la España roja, por una delegación de los dirigentes españoles del PC (precisamente el 25 de julio de 1938, día del paso del Ebro por un Ejército Popular abrumadoramente dominado por los comunistas) para plantearle la necesidad de preparar la contingencia de una evacuación ordenada de la zona Centro-Sur, a la que él asistió en su primera parte. De ese modo habrían sembrado en el ánimo de Casado la idea de preparar ese final de la guerra con un plan que fue, efectivamente, el último contemplado por la Junta de Defensa a la par de la negociación con Franco.

Reconozco que no me parece suficientemente probada la tesis con ese solo indicio. Pero también, pese a mi aversión a las explicaciones conspiratorias, debo reconocer que sus cuestiona-

---

(1) Criterio Libros, Madrid, 1998, 236 págs.

mientos, reflexiones y análisis son coherentes y persuasivos, y la hacen verosímil.

En cualquier caso, sus consideraciones iluminan mejor la actitud de los comunistas, es decir, de la Komintern, o sea, de la U.R.S.S., y, en definitiva, de Stalin, en la guerra de España, actitud que no fue tan lineal como se haya podido creer desde las trincheras nacionales —militares e ideológicas— que veían en el comunismo el enemigo esencial.

Destaca Montiel que el golpe de Casado, sus intenciones y conclusión, han contentado por igual a todos: para republicanos y socialistas les consigue un título póstumo de amantes de la paz que pretenden un nuevo abrazo de Vergara deteniendo el derramamiento de sangre, en tanto que los comunistas se alzan con la aureola de ser los últimos y denodados campeones irreductibles de la lucha antifranquista opuestos a toda capitulación (140).

En realidad, los comunistas fueron quienes obtuvieron los mayores beneficios de su bando de la guerra española: políticamente la solidaridad con la causa republicana hizo crecer espectacularmente las afiliaciones al partido comunista, las aproximaciones de compañeros de viaje y tontos útiles, etc. También materialmente, además del oro del Banco de España, las empresas creadas por la República para su abastecimiento desde el exterior quedaron como fuentes de financiación de diversos partidos comunistas, especialmente el francés.

Pese a ello, la fase final de la guerra está llena de paradojas en la actitud de los comunistas que bien se explicarían coherentemente como una maniobra maquiavélica, hasta la provocación, al servicio de los intereses específicos de Moscú.

Montiel llama la atención sobre una serie de hechos concretos sorprendentes separadamente y más en conjunto:

- Que Casado, que se había significado por sus denuncias de la infiltración comunista en el Ejército Popular, y que había sido relegado precisamente por ello, fuera nombrado Jefe del Ejército del Centro en el momento de máximo predominio comunista de la España de Negrín, y precisamente en Madrid, la cuna del Quinto Regimiento, donde el partido tenía su máximo arraigo. No pudo ser un nombramiento inadvertido.

- Igualmente, que Casado pudiera conspirar en ese medio en el cual todos los mandos que le estaban directamente subordinados eran de afiliación comunista. El golpe de Casado no se pudo preparar sin que lo advirtiera el partido, y consta —y lo recuerda Montiel— que así fue: lo testifica Pasionaria entre otros.
- También es significativo que el cuadro de mandos militares y políticos del PCE retornara de Francia tras la caída de Cataluña fuera del único lugar de decisión que restaba: Madrid, a lugares irrelevantes como Elda y Monóvar. ¿Cuándo había sido el PCE tan poco perspicaz, ingenuo e irresoluto como entonces?
- De hecho, los comunistas ya habían demostrado durante la campaña de Cataluña una resignación a la derrota inusitada antes. ¡Pasionaria y otros dirigentes abandonaron Barcelona varias semanas antes de su caída!
- Y respecto de la preparación del pronunciamiento de Casado propiamente dicho consta, y Montiel sólo lo hace destacar, que las consignas impartidas por la directiva del PCE fueron las de esperar acontecimientos y ulteriores órdenes.
- Finalmente, la promoción de mandos comunistas que sirvió como pretexto para el desencadenamiento del golpe, parece un acto de provocación deliberada, pues si se trataba de relevar mandos dudosos y derrotistas, o si se esperaba algún tipo de resistencia, lo lógico hubiera sido que los ascendidos estuvieran ya en el lugar donde asumir sus respectivos mandos para hacerlo inmediatamente sin dejar capacidad de reacción.
- Lo cierto es que la plana mayor del comunismo ibérico, con instrucciones de obediencia ciega, y con muy pocos iniciados al tanto de las órdenes de Stalin transmitidas por Togliatti, abandonaron el territorio español sin lucha el mismo día, e incluso ofrecieron con Negrín negociaciones para traspasar la legitimidad a la Junta de Defensa, es

decir, para endilgarle el fardo de la responsabilidad de la entrega.

Todos estos extremos conducen a pensar que el golpe de Casado se explicaría mejor si hubiera habido una voluntad comunista de desengancharse de la guerra a partir de un determinado momento. De hecho, al propiciarlo consciente o incautamente, permitió a los comunistas abandonar la guerra que ya no les interesaba, procurándose una coartada.

Y aún así, los cuadros subalternos del PCE, que no estaban acostumbrados a obedecer tantos retorcimientos, al oponerse espontáneamente a la Junta, estuvieron a punto de producir el resultado contrario. Triunfaron en reducir la sublevación de Cartagena —el otro punto neurálgico de lo que quedaba de zona roja— y estuvieron a punto de hacerlo en Madrid. Pero la fuerza del comunismo en el Ejército Rojo, descabezada por la huida de sus dirigentes y sus instrucciones, no les secundó. A Barceló y sus hombres les intentó disuadir otro comunista de la confianza de Moscú, el coronel Antonio Ortega, y los bombardeó la aviación, que era el cuerpo de máxima influencia comunista y soviética. La clásica determinación para luchar por sus objetivos no se mostró en esas jornadas... a no ser que los objetivos reales no fueran los predicados. Y es que el triunfo de Barceló hubiera dejado al PCE con la responsabilidad en solitario de la derrota, la rendición... o el abandono internacional.

Montiel y sus amigos, protagonistas de aquel episodio, transmiten el estupor que sintieron de verse abandonados, cómo llegaron al convencimiento de haber sido traicionados por órdenes de Moscú y destacan todos los retrasos, silencios, contradicciones y ausencia de glorificaciones en el relato oficial comunista del último mes de la guerra de España. A la postre el ejército creado a la sombra de Moscú ni combatió contra Casado ni quedó en sus manos como baza de negociación con Franco, sino que se desmoronó desde dentro, con lo cual las posibilidades de una entrega pactada, que hubiera potenciado el papel diplomático de Gran Bretaña como en Menorca, desaparecieron.

Como he dicho, a quien parezca la explicación improbable y rebuscada no se le presentan mayores pruebas, pero no sólo es posible y verosímil, sino que concuerda con la verdadera actitud mantenida por Stalin en la guerra de España.

En realidad, ni la U.R.S.S. se volcó nunca por la "causa de la República", prefiriendo obrar mediante intermediarios y ordenando a sus asesores mantenerse discretamente fuera del alcance de los cañones, ni tampoco hizo por establecer un régimen abiertamente comunista, ni en los primeros meses revolucionarios ni cuando su campaña de infiltración y eliminación de rivales les logró la completa hegemonía. Los consejos de Stalin a Largo Caballero fueron abiertamente moderados, como se sabe.

Mientras los socialistas radicales, los comunistas heterodoxos, los sindicalistas y anarquistas imitaron la Revolución Rusa consecuentes con principios, los comunistas ortodoxos, fieles a la rígida disciplina de la Komintern, que subordinaba todo a los intereses de la "Patria del Proletariado", de acuerdo con la doctrina estalinista del socialismo en un único país, se volcaron en potenciar el esfuerzo de guerra y tranquilizar a los países "burgueses".

Una España comunista hubiera concitado la oposición de ingleses y franceses, tanto como alemanes e italianos, que podrían haberse unido circunstancialmente contra la Unión Soviética nuevamente exportadora de la revolución. Lo cual era lo más opuesto al interés de Stalin, que descaba, desde el triunfo de Hitler y el amenazador resurgimiento de Alemania, involucrarla en una guerra con los anglofranceses en el Oeste, para lo cual el conflicto español y las solicitudes de intervención internacional a favor de la República eran la mejor baza.

Sin embargo, cuando se comprobó que en la guerra de España no se envolverían alemanes e ingleses, Stalin buscó entenderse directamente con Hitler. Desde luego no se puede creer que la inversión de alianzas que supuso el pacto germanosoviético se produjera en apenas unos días de agosto de 1939, sin sondeos previos.

Por entonces la República ya había sido liquidada, es verdad, pero también pudiera decirse que para eso se había dejado caer la República. Y Montiel no sólo hace reflexionar sobre el extraño eclipse del comunismo en la España de Negrín precisamente cuando su hegemonía no la disputaba ya nadie, sino que recuerda cómo la política de las grandes potencias es mucho más cínicamente realista que sus alegatos ideológicos. De Hitler se conocieron en Nuremberg documentos en que consideraba que "desde el punto de vista de Alemania no es deseable el triunfo completo de Franco. Nosotros tenemos más interés en que la

guerra se prolongue". En ningún momento la política de Hitler y Stalin coincidió a pesar de la guerra española, e incluso respecto a sus aliados respectivos en ella.

Si estas son sus interesantes tesis, el libro adolece de cierto desorden y reiteración en el relato, alusiones a anteriores escritos, etc., pese a que la redacción es fluida y atractiva.

Si alguna conclusión cierta se puede extraer es el contraste que produce la completa independencia internacional que reinó en el bando nacional: ni el Generalísimo ni ninguna instancia militar o política se plegaron nunca a "consejos" de más allá de nuestras fronteras. La postura de Franco con motivo de la negociación de concesiones a la HISMA, pese a los "retrasos" de reemplazo de material en la Legión Cóndor, son un estupendo ejemplo.

En cambio, queda claro que si las fuerzas propiamente rojas de nuestra guerra comparten la responsabilidad de los excesos revolucionarios y bolchevizantes, al partido comunista le incumbe, además, la tacha de ser un instrumento servil de una política extranjera, contra la España católica, contra sus aliados de izquierdas, e incluso contra los propios militantes que creían ingenuamente en sus consignas de lucha antifascista.

LUIS MARÍA SANDOVAL

### **Hermann Oehling (ed.): LA DEFENSA DE ESPAÑA ANTE EL SIGLO XXI (\*)**

No parecen ser las cuestiones relativas a la defensa nacional las más atractivas e interesantes para publicistas y escritores. La tradición española de pensamiento militar, en la que destacaron los Villamartín, Clonard, Fernández Duro, Almirante, Cassola, Mola, etc., aparece interrumpida en nuestros días sin que exista apenas más que un pequeño grupo de autores que excepcionan la regla general (Alonso Baquer, Álvarez Arenas, etc.).

---

(\*) Fundación Cánovas del Castillo, Colección Veintiuno, Madrid, 1997, 400 págs.